

practicarla para conocerla, puesto que hay que buscar en la Biblia la ley divina, dogmática y moral, y no puede uno hallarla en ella con certeza sino en tanto que se practique. ¿Puede darse un paralogismo mas chocante (1)?

Deduzcamos, pues, que el sistema protestante, absolutamente insostenible, nos suministra una nueva prueba de la existencia de una autoridad infalible en la verdadera Iglesia. Porque no puede negarse que Jesucristo haya establecido un medio cualquiera para dar á conocer con certeza á los fieles su doctrina: ese medio no es la revelacion inmediata de esa doctrina á cada fiel; esto es de hecho evidente: ese medio no es la lectura de la Biblia con asistencia del Espíritu Santo, lo cual es evidente, por raciocinio y hasta de hecho, que así puede decirse: luego ese medio es una autoridad viva é infalible que trasmite la verdad cristiana de generacion en generacion y no cese de enseñar en nombre del Hombre-Dios y bajo la guarda inviolable de su providencia.

Solo nos falta ver ahora en cuál de las diferentes sociedades religiosas que se llaman cristianas se encuentra esa autoridad. No está en la iglesia griega que pretende que no debe haber en ella tribunal encargado de constituir la

(1) Ninguna de las dificultades insolubles para el protestante existe para el católico; porque este recibe la Escritura sagrada de manos de la autoridad infalible de la Iglesia, y no admite mas que las traducciones aprobadas por ella, y el sentido determinado por su interpretacion. No funda tampoco su fé en la lectura de la Biblia, sino en la enseñanza tradicional de la Iglesia, enseñanza de cuya verdad se da cuenta del modo mas sencillo.

«Si un pastor cualquiera, puede decirse á sí mismo, quisiese introducir un cambio en la doctrina católica, al punto se levantarían contra él reclamaciones de parte de los fieles y de los demas pastores: sería denunciado á la autoridad eclesiástica y obligado á retractarse ó á verse condenado y separado del seno de la Iglesia. De consiguiente, introducir un cambio en la doctrina católica es cosa imposible hoy. Pues lo que hoy es imposible, lo ha sido siempre, porque siempre ha habido pastores y fieles para reclamar contra toda innovacion doctrinal. La enseñanza que recibo de mi párroco católico, y que remonta por él á mi obispo, y por mi obispo al papa, y por el papa, de predecesor en predecesor hasta San Pedro y hasta Jesucristo, ha sido por lo tanto inalterable en todos los siglos: luego espresa la verdadera doctrina del Hombre-Dios.»

unidad de fé. ¿Y por qué? Porque ese tribunal, continúa, lo ha decidido todo en los siete primeros concilios (1). Asi vemos que por órden de los griegos se ha prohibido á Dios que deje surgir ninguna nueva contestacion religiosa, ninguna heregia nueva despues de los siete primeros concilios. Esto es el colmo del desvario, y sin embargo así es, y cuadra perfectamente á esos cismáticos que han principiado por el orgullo, y continuado por el orgullo, y que se obstinan en vagar lejos del centro de la unidad, por las vias tenebrosas de las preocupaciones religiosas y nacionales bajo la ley servil del poder temporal.... Tampoco hay que buscar la autoridad viva é infalible entre los sectarios del siglo XVI, todos los cuales, segun hemos dicho, han puesto en lugar suyo el juicio privado de cada cual interpretando á su manera la Escritura. De modo que segun la Reforma, debe ser acepto á Dios que su Iglesia se resuelva en el *individualismo*; que el cuerpo divino de doctrina enseñado por Jesucristo se desnaturalice y descomponga en tantos átomos contradictorios como fieles puede haber en el mundo (2), y que concluya por perderse en los sistemas mas anti-cristianos. Véase á dónde han ido á parar los protestantes avanzados de todos los paises (3) y á su frente el doctor de Tubinga (4).—Esos no son de los nuestros, responden los defensores del protestantismo cristiano.

(1) Véase la obra de M. de Maistre: *del Papa*, t. II, lib. IV, cap. VI.

(2) Los mas hábiles profesores modernos de la Reforma reconocen hoy que la unidad es contraria á su naturaleza y por consiguiente imposible (Véase á M. Cheneviere, *Autoridad en la Iglesia reformada*:—M. Vinet, suplemento al núm. 129 del *Narrador religioso*;—el *Noticiero valdense*, año de 1838, núm. 27, art. *Iglesia de los profesantes*, etc.)

«El protestantismo está privado de unidad, dice M. Vinet: lo creo muy bien: el protestantismo tiene por principio la libertad, y tiene que resolverse necesariamente en la diversidad.»—M. Vinet hubiera podido y debido decir: *en la contradiccion*.

(3) Se encuentran confesiones notables sobre el particular en *la Reforma contra la Reforma*, por Hoeninghaus, t. I, cap. I;—en el *Guia del catecúmeno valdense*, por monseñor Charvaz, t. I, lib. III, conversacion 2.

(4) Strauss.

—¿Que no son de los vuestros?... ¡Pues qué! ¿osaría atribuirlos respecto de ellos el derecho de condenarlos, de excomulgarlos, que habeis negado á la Iglesia católica?... Eso sería una contradicción chocante, una cruel injusticia. Sí; son de los vuestros, son los hijos legítimos de vuestro principio, usan del derecho de que los habeis revestido irrevocablemente; y si sois lógicos teneis que resolveros á decir al mismo Strauss tendiéndole la mano: «Hermano, todos somos de una misma sangre: tú has caminado mas á prisa que nosotros en la senda de las consecuencias: escusamos la velocidad de tu talento y excusa tú nuestra lentitud: no tardaremos en abrazarnos en el deísmo puro conculcando contigo con un pie el Vedam y con el otro la Escritura.»

No existe, pues, la autoridad viva, infalible, ni en la iglesia cismática griega, ni en las iglesias llamadas reformadas: de consiguiente, tiene que estar por necesidad en la Iglesia católica ó no está en parte alguna: luego esta es la verdadera Iglesia, ó Jesucristo ha faltado á su Iglesia y á sí mismo. Esta Iglesia es además la única que está en posesion inmemorial y perpétua de una autoridad doctrinal: esta autoridad la ha ejercido constantemente desde el concilio de Jerusalem celebrado por los apóstoles hasta nuestros dias; y constantemente han estado de acuerdo los católicos en reconocerla en la mayoría del cuerpo de los obispos unidos al papa, su jefe, ora sea que pronuncien juntos en un concilio, ora que el papa dicte una decision á la que la mayoría de los obispos se adhiera despues expresa ó tácitamente: este es un doble hecho histórico fuera de discusión (1). Pues siendo esto así, esa autoridad le

(1) Desde el segundo siglo fueron condenados los montanistas por muchos obispos de Asia: el papa y los demas obispos de la cristiandad se adhirieron á ese juicio, que equivalió á la decision de un concilio general. En el siglo tercero se celebró en Roma un concilio que condenó la heregia de Novaciano: su juicio fué recibido igualmente en toda la Iglesia. En el mismo siglo se celebró otro en Antioquia, que condenó la heregia de Pablo de Samosata. Su decision equivalió tambien al juicio de un concilio ecumé-

viene necesariamente de Jesucristo por los apóstoles, y si le viene de Jesucristo, es, segun hemos visto, necesariamente infalible. Repetimos, pues, que la Iglesia católica es la única que posee la autoridad necesaria para conservar pura é intacta la doctrina de Jesucristo entre los hombres (1).

Ella sola en fin posee el verdadero apostolado. Por una parte es innegable que Jesucristo encargó á su Iglesia que anunciara el cristianismo á todas las naciones (2): por otra,

nico por la aprobacion del papa y de los obispos que no habian asistido á él. En el cuarto, el concilio de Nicea, presidido por los legados de la Santa Sede, condenó la heregia de Arrio; el concilio de Constantinopla condenó la de Macedonio, y aunque no fué general, su juicio se hizo definitivo por la aprobacion del papa y de los demas obispos. En el quinto tuvieron lugar los grandes concilios de Efeso y de Calcedonia, presididos por los legados de la silla apostólica, etc., etc. (Véase la *Historia eclesiástica* de Fleury, la *Historia de la Iglesia* de Rohrbacher y el *Diccionario de los concilios*).

Añadiremos aquí una observacion importante. Los teólogos llamados *ultramontanos* opinan que el papa, aun considerado independientemente del cuerpo de obispos, es personalmente infalible en las decisiones doctrinales que emite como jefe de la Iglesia; los teólogos llamados *galicanos* piensan lo contrario, y todos están igualmente en comunión con el papa y con toda la Iglesia católica. Esto prueba que hay libertad de opinar sobre el particular; pero de ningun modo que los católicos ignoren dónde reside la autoridad infalible instituida por Jesucristo, puesto que todos estan unánimes en reconocer que existe en la mayoría del cuerpo de obispos unida al papa. (Véase la *Discusion amistosa*, etc., por el obispo de Strashurgo, t. I, carta V).

(1) Véase en qué sentido debe entenderse la autoridad *infalible* del cuerpo de pastores de la Iglesia: «No se trata de creer, dice el ilustre autor de la *Defensa del cristianismo*, que los obispos son inspirados como pudieron serlo los profetas y los apóstoles, y se hallan iluminados por una revelacion inmediata. El mismo Dios que gobierna el mundo, gobierna tambien de una manera especial la Iglesia cristiana: se sirve de todo, de las pasiones, de las preocupaciones, de la ignorancia para conseguir el triunfo de la verdad, como se sirve del choque de los elementos para la armonía del universo: dispone los ánimos, los corazones y los sucesos, de suerte que la verdad prevalece siempre en la universalidad del cuerpo de los pastores, y por lo tanto de los fieles (*Defensa del cristianismo ó Conferencias*, etc., por monseñor Frayssinous, t. III, de la *autoridad de la Iglesia*).

(2) Jesucristo, antes de subir al cielo, dijo á los apóstoles: «Id, é instruid á todos los pueblos, bautizándolos en nombre del Padre, del Hijo y

es cierto por los hechos, que Jesucristo quiso que esa conversion de los pueblos se verificase sucesivamente hasta que *la plenitud de las naciones* haya entrado en su redil (1). Veamos, pues, cuál de todas las sociedades que se llaman cristianas es la que ha llenado esa mision divina. Evidentemente la Iglesia que aparezca haber continuado sola desde los apóstoles la obra de la conversion de los pueblos con un celo y un exito igual al de aquellos, llevará sobre su frente una señal sensible de la Iglesia de Jesucristo, un sello marcado de verdad.

Aquí se despliega ante nosotros un vasto y magnífico asunto que procuraremos encerrar dentro de los límites menores posibles. Bosquejemos primero rápidamente el cuadro histórico del apostolado de la Iglesia católica desde su origen, y despues señalaremos sus caracteres, poniendo frente á frente las diferentes sectas que se han separado de ella (2).

En el primer siglo los doce apóstoles de Jesucristo, admirables conquistadores de almas, habian evangelizado un número considerable de regiones de Asia, Europa y hasta de Africa, y al abandonar la tierra, *sepultados en sus triunfos* (3), habian dejado una porcion de herederos de su fé, de su celo y de su valor. Así vemos que la Iglesia, despues de su muerte, lejos de detenerse en su marcha,

del Espíritu Santo, y enseñándoles á observar todo lo que os he prescrito; y estad seguros de que estaré yo mismo con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos.» (Mateo, XXVIII, 19, 20).—«Id por todo el mundo y predicad el Evangelio á toda criatura» (Marcos, XVI, 15).—«Dareis testimonio de mí en Jerusalem y en toda la Judea y la Samaria, y hasta en los confines de la tierra.» (Actas de los apóstoles, I, 8).—Antes habia dicho: «Cuando me haya elevado de la tierra, todo lo atraeré á mí» (Juan, XII, 32).

(1) Rom., XI, 25.

(2) Véanse los documentos históricos relativos á este bosquejo, en la *Historia eclesiástica* de Fleury; en la *Historia de la Iglesia* de M. Rohrbacher; en las *Vidas de los santos* de Albano Butler; en las de Baillet; en el *Curso de histor. ecles.* del abate Blanc; en el *Diccionario* de Morel; en los *Beneficios de la religion cristiana* de Eduardo Ryan.

(3) Flechier, *Oracion fúnebre*, de Turena.

continúa sus progresos afirmando sus conquistas. Muchas veces, con las manos cargadas de cadenas y aherrajados los piés, revolcándose por lo regular en su propia sangre, caminaba, es verdad, lentamente, pero avanzaba y avanzaba de dia en dia á vista de ojos; de suerte que, como hemos probado, al advenimiento de Constantino, el reino de Jesucristo se estendia hasta las estremidades de la Persia, en la Arabia, en la Armenia, en toda el Asia menor; por otra parte en las Galias, en España, en la region de los numidas, de los moros, de los gétulos, en Egipto, por lo cual decia Eusebio, contemporáneo de aquella época: «La voz del Evangelio se ha hecho oír por toda la tierra y se ha abierto el camino de todas las naciones: la Iglesia ha echado profundas raices, y su cabeza se levanta hasta lo mas alto de los cielos (1).»

¿Pero por medio de quién se habia abierto esa voz el camino de todos los pueblos?... En aquellos tiempos de perturbacion casi continua que precedieron á Constantino, y en que la Iglesia, agitada sin cesar por los embates de la tempestad de la persecucion, no podia llevar con regularidad sus anales, escaparon mil nombres gloriosos al recuerdo de la posteridad. No obstante, cuando el Evangelio se propagaba á partes lejanas, por necesidad tenia que haber misioneros: porque ¿hubieran podido oír las naciones la buena nueva si no hubiese habido predicacion? ¿Y cómo pudo haber predicacion si no habia misioneros (2)? A pesar de todo, las dificultades y desgracias de los tiempos no han impedido que llegue á nuestros oídos el nombre de muchos de ellos. ¿No oímos resonar acaso todavia el de San Trofimo de Arlés, el de San Pablo de Narbona, el de San Marcial, apostol de Aquitania, el de San Dionisio en Paris, enviado por el papa San Clemente; los de San Pottino y San Ireneo en Lyon, el de San Ferreol en Besan-

(1) *Preparat. evang.*, l. I, cap. III.

(2) ¿Quomodo, dice San Pablo, audient sine predicante? ¿Quomodo vero predicabunt nisi mittantur? (Rom. X, 14).

zon; los de San Andeol en el Vivaresado, de San Benigno en Borgoña; los de San Gaciano en Tours, de San Austremonio en Auverña, enviados por el papa San Fabian; el de San Saturnino en Tolosa (1); en la Germania los de San Materno, San Clemente, San Eucherio (2); en las Indias el de San Pantheno, el de San Frumencio en la Etiopia, etc.? Y entre esos gloriosos enviados del Señor, la historia nos muestra muchos de ellos triunfantes en los suplicios, y que unieron á la corona de apostol la palma del martirio.

Despues de Constantino, otros misioneros continúan la obra del apostolado católico. Veo á San Sisino subiendo las montañas de Trento; al sacerdote elegido por San Crisóstomo abordar á los scytas nómadas y llevarles los tesoros de la fé y de la caridad cristiana; veo á San Paladio en Escocia, á San Latuino en la Normandía; veo y oigo á San Patricio, enviado por el papa San Celestino para evangelizar la Irlanda. Glorioso, inmortal apostol, ¡qué noble raza vas á crear para Jesucristo (3)! ¡La semilla que esparces con tanto celo producirá frutos maravillosos perpétuos, en aquella isla que merecerá ser llamada la isla de los Santos, y que hasta en nuestros dias se mostrará heróica asi en su fé como en sus dolores!

Tocamos casi al sexto siglo, pero antes de entrar en él saludemos con una mirada de admiracion al apostol de la antigua Nórica, San Severino, aquel célebre taumaturgo, cuya edad y cuyo pais nunca han podido saberse, y que decia á los que le preguntaban: «¿Qué os importa la edad ni el pais de un hombre que hace profesion de no conocer mas edad que la eternidad, ni mas pais que el cielo?»...

Al atravesar el sexto siglo, hallamos á San Maló sobre las costas de la Armórica, á San Colombo entre los pictas del Norte, á San Medardo en Flandes, á San Felix y á San

(1) Véase el *Curso de hist. ecles.*, por el abate Blanc, leccion VIII, *Orígenes de la iglesia galicana.*

(2) Véase la misma obra, leccion VIII.

(3) Galat., IV, 19.

Ciriaco, enviados por el papa San Gregorio á Cerdeña, á San Agustin, enviado por el mismo pontífice á Inglaterra al frente de cuarenta misioneros para convertir á los sajones. Allí bendice Dios de un modo tan maravilloso sus esfuerzos, y especialmente la fé y el celo de su jefe, que San Gregorio se creyó obligado á decirle: «Cuidad de que los milagros que obráis en esa nacion no tienten vuestra vanagloria (1).»

En el siglo sétimo sale de Roma una nueva colonia de apóstoles para ir á sostener las cansadas fuerzas de los primeros obreros que sucumben bajo el peso de la cosecha inglesa (2). Luego el papa Honorio envia á San Birino para atraer al gremio de la Iglesia á los sajones occidentales. El mártir San Kiliano va á predicar á Franconia, San Amando á los flamencos, á los corinthios, á los esclavos, á todos los bárbaros que moraban á lo largo del Danubio: San Amando, que tanto tuvo que sufrir en sus peregrinaciones apostólicas, que, como San Pablo fué muchas veces apaleado cruelmente y hasta precipitado en los rios, que trabajando como aquel, con sus manos para sustentarse (3), podia decir á los infieles: «Conservad vuestras tierras, vuestro oro y vuestra plata, y dadme vuestras almas (4).» San Willibrod, al frente de cuarenta misioneros, recibe tambien poderes del papa Sergio, y va á conquistar para Jesucristo la Frisia y la Holanda.

Hemos entrado ya en el siglo octavo, en el cual todavia se levanta en la historia radiante con la aureola del apostolado y la aureola del martirio el ilustre San Bonifacio, que recibiendo como sus predecesores su mision de la Santa Sede, inunda con sus inmensos trabajos y sus prodigiosos triunfos el Hesse, la Turingia, la Sajonia, la Ba-

(1) Véanse las *Conferencias sobre las doctrinas y prácticas de la Iglesia católica*, por M. Wiseman, conferencia sétima.

(2) San Mateo, IX, 37.

(3) *Actas de los apóstoles*, XVIII, 3; XX, 34.

(4) *Non quero quæ vestra sunt, sed vos* (II, Cor., XII, 1).